

La risa en tiempos de pandemia o el giro humorístico

FLORES, Ana Beatriz / Universidad Nacional de Córdoba – anabflor@gmail.com

Tipo de trabajo: conferencia

» *Palabras claves: pandemia- humor-subjetividades*

> **Resumen**

En estos meses de cuarentena, han proliferado por las redes los memes y videos humorísticos, mucho más que los satíricos que estarían orientados a reírse de otro devaluándolo. Predominantemente nos reímos de nosotros mismos. ¿Qué subjetividad se produce con este humor? Si las normas subvertidas son las de nuestro mundo anterior a la pandemia, el mundo del orden y de cierta previsibilidad, el más o menos confortable. Entonces, ¿hasta qué punto cuestionamos las reglas de ese mundo, lo tornamos objeto de risa, vemos sus fisuras, su fragilidad, su convencionalidad de papel o hasta qué punto nos estamos riendo de nosotros mismos en nuestro nuevo estado en pantuflas, nuestra intimidad sin exposición social, algo así como “el otro yo del Dr. Merengue”, tópico afirmado en nuestra cultura? Probablemente esta risa enhebre el adentro y el afuera, y nos riamos del mundo social construido por nosotros y en el que construimos nuestra identidad. Riéndonos del mundo deconstruido por la amenaza de un virus invisible y arrasador de toda la humanidad entera nos reímos de nuestra civilización, que supimos construir o a la que supimos adaptarnos.

> **Presentación**

¿Y si nos juntamos a reír?

Sólo a reír.

De la decadencia de este,
Nuestro mundo.

En este último caso
De nosotros,
Y de ellos.

(S.M.L. en FB, 03-07-2020)

El humor ha sido considerado en su relación siempre disruptiva con las reglas, una respuesta desobediente a la ley o directamente una subversión a las mismas. A las leyes de la interacción social, pero también a las de la lengua; una ruptura con las representaciones estereotipadas o con lo que se considera la justa medida, es decir, en este último caso, una exageración. Con la risa o la sonrisa se cuestiona ese orden o lo considerado en su justa medida cuando se pone de manifiesto su fragilidad, su vulnerabilidad a pesar de su dominancia, de lo que se deriva un cierto placer.

Irrumpe el Covid 19, un virus que no se ve y que no se sabe cómo desarrolló propiedades desconocidas hasta entonces, y está cual dios en todas partes, solapado, invisible, esperando que no cumplamos con la orden de la infancia de lavarnos bien las manos y de no salir de casa para contagiarnos y probablemente matarnos, cuando la muerte acecha si no cumplimos y salimos a la calle, todos, pero todo el planeta está infantilizado. La literatura argentina ya ficcionó situaciones anómalas o catastróficas con humor negro, humor siniestro, ese en que en lo más familiar acecha el mal: en *El zapallo que se hizo cosmos* Macedonio Fernández (2008) narra como un simple y vulgar zapallo va tragándose de a poco al mundo entero hasta la desaparición del cosmos en su interior; César Aira (1983) en *La luz argentina* narra el terror que invade a Kitty cuando se corta la luz: el terror cotidiano, doméstico, repetitivo y grotesco para la risa. En ambos casos una causa minúscula provoca el Mal, con mayúsculas, en uno de los procedimientos más antiguos de la comicidad, la desproporción entre la causa y el efecto. Y ahora la pandemia no es ficción, pero el mundo la vive en un límite entre lo real, lo verosímil, lo creíble, lo extraño, lo siniestro.

Todos hemos perdido la apostura, vivimos en pantuflas, nos arreglamos de la cintura para arriba para aparecer en la pantalla de reuniones virtuales. Quienes se desempeñan como personal de salud parecen astronautas que van a conquistar el espacio pero van sólo al consultorio o al hospital para ir a atender un paciente. Y en eso radica su heroísmo.

Es decir, estamos impregnados de ridiculez extrema sin excepción, sin salida. Hemos perdido el glamour. No queda sino reírse, para empezar de nosotros mismos, y esa es la novedad. Hemos roto todas las reglas

de la elegancia, del decoro, del autodomínio, somos el *miles gloriosus* pisando la cáscara de banana. Y entonces se dio el giro humorístico.

Si recordamos la distinción freudiana entre chiste, comicidad y humor, el humor propiamente dicho es el que se puede ejercer consigo mismo ante una situación difícil para acallar la voz del Padre que implicaría un sufrimiento sumado al que provoca la situación difícil. El humor produce una actitud -siempre construida por lenguaje, algún tipo de lenguaje, a diferencia de la situación cómica- que toma distancia de la respuesta sumisa, complaciente o temerosa previsible si se consideran las pautas de funcionamiento social; en especial, todos aquellos aspectos que se refieren a la dimensión afectiva del ser humano. De acuerdo con el mecanismo de ahorro del gasto psíquico, el humor genera un ahorro de gasto de afecto. Es decir, existe una coerción afectiva de la que, mediante los procedimientos del humor, se instaura un distanciamiento. Ejemplo: relatos, chistes, films que trabajan de manera humorística representaciones sobre la muerte, en la mayoría de los casos unida a lo grotesco y a lo paródico, que realizan una descarga de sentimientos (temor, angustia, etc.) que favorece la toma de distancia. Ello configura lo que suele denominarse “humor negro”.

Para Macedonio Fernández, es propio del humor (a diferencia de lo cómico) el absurdo que provoca un vacío concienical, la esencia hedónica, y el reírse de uno mismo y con el otro con quien se juega, la distancia cínica que causa placer, el juego con el idioma. (véase qué subrayo para las manifestaciones que nos ocupan).

Pero, ¿Cómo podemos reír si lo que ronda y nos acecha es la enfermedad y la muerte posible?

Porque no basta con decir que lo ridículo produce risa y que para que se produzca debe haber distancia afectiva, porque para eso deberíamos suspender la creencia en que la muerte nos acecha. Y sabemos que no es posible.

¿Por qué nos reímos con un video que muestra a alguien que en primera persona nos va describiendo la parafernalia de elementos de seguridad y defensa que toma para salir a comprar al super y se lanza a la calle como a un campo de batalla?

Una respuesta la da el estudio que Robert Pfaller: “The familiar Unknown, the Uncanny, the Comic: The Aesthetic Effects of the Thought Experiment”, hace sobre lo desconocido familiar, lo extraño y lo cómico, desde una perspectiva lacaniana. La vulnerabilidad del sentido común supera nuestra propia vulnerabilidad, que queda en suspenso, no eliminada, sino suspendida. Es la creencia por un momento en la nada concienical de la que habla Macedonio, la suspensión de nuestro orden de razón, por un momento. Esa suspensión de aquello que nos ata a la angustia genera risa, si no pudiéramos suspender veríamos el ridículo como deleznable, no risible, pero es risible porque nos identificamos: todos tomamos precauciones insólitas para no contagiarnos. Entonces por identificación y consecuente autocomplacencia

nos reímos, porque, como dijo Bergson, para que haya risa no tiene que haber daño o tiene que haber un sentimiento positivo: autocompasión.

Sólo si sabemos que no existen nos inquietarán los fantasmas; me río con la exageración en las medidas de cuidado porque son para ingresar al mundo familiar, al mundo cotidiano, ir al super, pero es difícil olvidar que en ese mundo exterior acecha el covid, entonces hay una doble vuelta, y es la identificación: me río si rompo la creencia en lo otro porque el que exagera ridículamente soy también yo, lo más familiar y conocido, me río no de la situación sino de mí en esa situación. Me libero de la obligación del miedo, de la respuesta racional por la que si hay peligro hay miedo. Me río ante el asombro imaginable de un tercero que tiene el hábito de ir al super sólo con lo necesario para pagar y a lo sumo una bolsa, es decir, lo habitual de toda la vida, el estereotipo. (el ejemplo: ¿Qué efecto produce un muerto que estornuda?, ¿cómico o extraño?)

En estos meses de cuarentena, han proliferado por las redes los memes y videos humorísticos, mucho más que los satíricos que estarían orientados a reírse de otro devaluándolo. Predominantemente nos reímos de nosotros mismos.

¿Qué subjetividad se produce con este humor? Si las normas subvertidas son las de nuestro mundo anterior a la pandemia, el mundo del orden y de cierta previsibilidad, el más o menos confortable. Entonces, ¿hasta qué punto cuestionamos las reglas de ese mundo, lo tornamos objeto de risa, vemos sus fisuras, su fragilidad, su convencionalidad de papel o hasta qué punto nos estamos riendo de nosotros mismos en nuestro nuevo estado en pantuflas, nuestra intimidad sin exposición social, algo así como “el otro yo del Dr. Merengue”, tópico afirmado en nuestra cultura?

Probablemente esta risa enhebre el adentro y el afuera, y nos riamos del mundo social construido por nosotros y en el que construimos nuestra identidad. Riéndonos del mundo deconstruido por la amenaza de un virus invisible y arrasador de toda la humanidad entera nos reímos de nuestra civilización, que supimos construir o a la que supimos adaptarnos.

Y ahora quedamos a la intemperie de la misma, con sólo el refugio de nuestra vivienda.

El otro componente del humor es del orden de la afectividad: para que se de tiene que tener un grado de compasión, de empatía con el que es objeto de risa, aunque se ría de su sufrimiento; en este caso predomina un nosotros inclusivo, nos reímos de nosotros, de nuestra ridiculez, de nuestro miedo, de nuestras estrategias para vivir tan fuera de lo habitual hasta ese momento.

¿A qué punto de ridiculez nos lleva la amenaza de la muerte, nada más ni nada menos, acechando en una góndola del super, en la respiración o en las microgotas del vecino de siempre? ¿Cómo puede la muerte venir empaquetada de una manera tan ridícula?

Tiene entonces mucho de siniestro, pero de siniestro socializado, eso es lo extraño, no es el humor negro ante lo excepcional, no es el del condenado a la horca del que habla Freud, es el del que sale a comprar

yerba al super. Por eso nos incluye. Y por eso hay predominio del humor sobre la sátira, porque al reírnos de ese personaje nos reímos de nosotros mismos. El humor es una herramienta para acortar el distanciamiento social. Opera como un gran socializador frente a este aislamiento. Se comparten situaciones que ahora son totalmente cotidianas en este escenario de ruptura.

¿Y el humor negro?

En primer plano un buitre y un globo que dice: “Pájaro de mierda, tosí y ya lleva tres cuerdas siguiéndome”.

Podemos decir que el procedimiento del humor negro consiste en tratar temas de por sí incómodos, trágicos, como la muerte, la crueldad, el crimen, el dolor y reírse con ellos. Esto resulta incorrecto y de esa impertinencia surge este tipo de humor que así resulta revulsivo, subversivo, desautomatizante. Con muchos puntos en común con el grotesco, requiere también de vitalidad y complicidad de una comunidad discursiva para ejercerse; de lo contrario, la repulsión que puede provocar ahoga la risa. Desafía lo establecido, con tanta fuerza como el humor serio, el absurdo o el llamado “humor tonto”.

En el caso que nos ocupa, es factible hipotetizar que su efecto es paliar el miedo, el miedo a la muerte, a través de su metonimia en el buitre, que no deja de ser sólo un pájaro, y la causa es sólo una tos, es decir, hay un desfasaje entre los efectos magnos y definitivos con sus agentes nimios y su causal del orden de lo cotidiano sin importancia. Este desfasaje marca la ridiculez del miedo, al mismo tiempo que lo sostiene. Es decir, el humor negro acá permite tomar una distancia con lo trágico por la que al mismo tiempo que familiariza con la muerte, le pone cierta distancia que otorga la superioridad de poder reírse, levemente, de nuestra persecuta, de nuestra paranoia, nuestro miedo.

Este procedimiento de desjerarquización se enfoca en varios aspectos de la vida cotidiana, del arte y de otras actividades que tienen un elevado status en la consideración de la vida cotidiana (el cuerpo de baile de la Opera de París bailando en su casa, en la cocina, con sus niños, o sea del escenario para el espectáculo correspondiente a la llamada “alta cultura”, de elite, a la cotidianeidad doméstica, con los niños usando las piernas del paso de baile como túnel para jugar, o el profesor dando clases con saco y pantuflas por zoom, etc.)

También el humor se produce por un desvío de las actitudes altamente consideradas respetables, como la autoridad moral del padre (el que se mimetiza con la pared mediante un dispositivo óptico que le permite evadirse de la atención de los niños) o del maestro, o la mamá maestra de “Gente rota”...

Estas situaciones que generan risa están clasificadas desde la Antigüedad, como se estipula en el *Tractatus Coislinianus*, de autor anónimo, que proviene de un manuscrito del siglo X, cuyo contenido enlaza con los posibles libros perdidos de la *Poética* de Aristóteles y con la tradición teatral griega antigua (Cooper, L. 2002). En el apartado II sobre la risa causada por las cosas, se lee:

- A. Por asimilación (1) de lo que es mejor a lo que es peor; (2) de lo que es peor a lo que es mejor (el ballet)
- B. Por engaño (el padre que engaña al hijo)
- C. Por lo imposible
- D. Por lo posible e inconsecuente (las respuestas de los niños a los padres ejerciendo de maestros)
- E. Por lo inesperado (la tos y el buitro)
- F. Por la degradación de los personajes (en lugar de cinta caminadora, un chorro de aceite al piso)
- G. Por el uso de la danza pantomímica
- H. Cuando uno que tiene poder, descuidando las cosas grandes, se ocupa de las menos valiosas.
- I. Cuando la historia se descoyunta y no tiene concordancia” (Cooper, 2002: 32). (la narrativa de la compra de los alimentos cotidianos que se transforma en extrañísimos movimientos y adminículos para

evitar el contacto con el delivery)

¿Cuál es la particularidad, lo específico del giro humorístico de esta coyuntura si pensamos que desde la antigüedad el *homo ridens* viene riendo de las mismas cosas?

Una hipótesis es que en esta circunstancia no se trata de una situación aislada en un contexto de regularidad y previsión, sino de un continuo, de un encierro en la pandemia, del que no se puede salir y no se puede invertir la situación de dominación de la especie por parte de un ser minúsculo e invencible por ahora.

Entonces en esta incerteza permanente, en esta reducción a la corporalidad, la vulnerabilidad, a las biopolíticas de control sobre nuestra intimidad, este ápice de humillación voluntaria desde nuestras prácticas como autopreservación y protección solidaria, el humor nos acomoda socialmente, colectivamente a la ausencia de regularidades y certezas permanentes cuando no hay momentos de vuelta al orden, nos acomoda con el momentáneo placer de sentir la superioridad que da la capacidad de reír aún en medio de la amenaza de muerte, de reír de la coerción a un estilo de vida que nos involucra a todos, sujetos y objetos de risa, simultáneamente.

La risa como un resguardo de humanidad.

Es insostenible hablar de humor argentino contemporáneo sin acudir a la revista Barcelona, de una trayectoria de 17 años.

Previsiblemente leemos un predominio de la sátira que tiene por objeto a los actores y acciones políticas, el fundamento del humor político, es decir, en lo relativo a la pandemia las medidas gubernamentales, las acciones y reacciones de la oposición, las internas. O sea que predomina, siguiendo sobre todo la tendencia de los últimos años de la publicación, la forma de la sátira política por sobre otras formas de

humor. Pero no están ausentes las formas más cercanas al humor propiamente dicho, es decir el que se ejerce sobre uno mismo, y así es posible encontrar otros objetivos además de la clase política.

En el ejemplar del 24 de julio leemos títulos como: “Sexo en tiempos de coronavirus”. “Doce tips y tres consejos para efectuar el amor manteniendo la imprescindible distancia social” (pág. 3)

Y en la página de Sociedad, en el apartado dedicado a Ciencia, leemos el título: “Temen la covid 19 se pueda contagiar a través de auras que superen los dos metros de radio”, a partir del cual desarrollan la propuesta de tomar laxantes para evacuar el aura a través del intestino.

Y así grafican en diversos números las prácticas habituales de la cuarentena como el cultivo en espacios reducidos de las viviendas o la cocina (la masa madre), objeto de burla pero inclusiva, desde el mismo adentro, no hay un exterior de otros, de clase o posición social al cual satirizar políticamente cuando no está centrada en actores políticos

En otros momentos históricos, 10 años atrás, en las secciones en que corría su foco de la política propiamente dicha para centrarse en sectores de la sociedad como por ejemplo los habitantes de countries, lo hacía con una buena dosis de sátira social ideológica, acerca de las formas de maltrato clasista, por ejemplo.

La hipótesis es que en estos tiempos de pandemia y a diferencia de períodos anteriores, cuando abandona la sátira orientada a los actores políticos, la risa se vuelve también predominantemente humorística.

Por fin, esto se acerca a lo que César Aira manifiesta en un artículo aparecido en Babelia (2002) llamado “El miedo creador”, en que habla de la productividad del miedo en tanto nos hace crear situaciones ficticias que nos representan hechos posibles que nos pueden salvar de calamidades en la vida real. En este caso, quizás rérnos movidos por el miedo, para ahorrarnos semejante gasto por la angustia, para poner la distancia que permite vernos y no sumirnos, eso que nos da cierta sensación de control o superioridad frente a la tragedia, permite no tanto como salvarnos de la calamidad del covid sino de sus efectos negativos en la subjetividad.

Este humor actualiza una de las “Seis propuestas para el próximo milenio” de Ítalo Calvino quien alude a la imagen de Perseo, aquel héroe mítico de los pies alados, el único capaz de vencer a la medusa, en tanto logra enfrentar a Gorgona sin mirarla de frente, sino a través de su imagen reflejada en el escudo de bronce, es decir, en un espejo. No mirar al monstruo, a la violencia sino a través de su reflejo no equivale eludir la realidad del mundo, sino buscar el apoyo de la levedad, de las imágenes para sortear el riesgo de la petrificación, una sutil manera de hablar de lo irrepresentable que petrifica, bajo la apariencia de banalidad.

Bibliografía

Aira, César (1983) *La luz argentina*. Buenos Aires: C.E.A.L. col. Capítulo

_____ (2002) "El miedo creador", en *Babelia*, 17 de agosto 2002 (s/d)

Cooper, Lane (2002) "Tractatus Coislinianus (Comentario)" en Cuadernos de Información y Comunicación. La comunicación del humor, Vol. 7, Madrid Universidad Complutense

Fernández, Macedonio (1990) "Una teoría de la humorística", en *Teorías*. Buenos Aires: Corregidor

_____ (2008) "El zapallo que se hizo cosmos", en *Textos selectos*. Buenos Aires: Corregidor